

de una pregunta explícita, y por lo tanto una respuesta, sobre el porqué del arraigo del anarquismo en la clase obrera en la Argentina. Encuentra problemático también el recorte temporal. A su vez, ensaya una evaluación histórico-política de las limitaciones del anarquismo para mantener la lograda hegemonía. En parte, las respuestas que da son también sabidas desde lo que en un sentido amplio podríamos denominar perspectiva marxista. El contexto de la clase obrera y ciertas carencias del anarquismo para leer los cambios que en última instancia también lo afectaban. Si bien no comparto la perspectiva histórica de Camarero y su ponderación del anarquismo, lo cierto es que su escrito introductorio es una invitación polémica a preguntarse 35 años después cómo leer el libro de Oved.

En un plano más personal, puedo decir, observando el estado en el que se encuentran mis fotocopias de la primera edición del libro, las capas de subrayados en cada página y la cantidad de papelitos amarillos que asoman, que quizás el escrito de Oved merezca otro tipo de aproximación. Un poco a contramano de lo propuesto hasta acá, se puede decir que si en el plano diacrónico la lectura del libro propone una interpretación algo esquemática del devenir del anarquismo en el primer lustro del siglo XX, una lectura en clave si se quiere sincrónica revela una complejidad historiográfica francamente insuperable. Creo que al libro de Oved no hay que pedirle que rinda cuentas de sus posibles carencias, las cuales dependerán del interés de cada lector, sino valorarlo por sus llamativos aciertos. En este sentido, cada capítulo del libro desarrolla una cantidad notable de aspectos sobre la diversidad y riqueza del anarquismo, su grado de conflictividad interna, la presencia e importancia de ciertas figuras, el vínculo controversial que unió al socialismo parlamentario con el anarquismo, la pluralidad de su prensa y sus iniciativas editoriales. Pensándolo de este modo lo que hace tan rico y potente del libro es que Oved escribe, por decirlo así, con la boca cerrada. No sobreimprime su voz a las fuentes, no se empantana en ajusticiamientos historiográficos que a fin de cuentas son el aspecto más mezquino y menos interesante de la historia académica. Su prosa serena, la exhaustividad de sus fuentes, la trama interior de su despliegue más allá de cualquier consideración, permiten recuperar las facetas más intensas y creativas del anarquismo.

**Martín Alborno**  
(UBA/IDAES)

*A propósito de Christian Fleck, A Transatlantic History of the Social Sciences. Robber Barons, the Third Reich and the Invention of Empirical Social Research, London-NewYork, Bloomsbury Academic Publishing, 2011, 416 pp.*

La notable expansión de los estudios de historia cultural e intelectual a escala transnacional ha consolidado, especialmente en la última década, una serie de consensos respecto de la necesidad de construir nuevas coordenadas geográficas en el análisis de fenómenos cuyos contornos desbordan las referencias espaciales convencionales. Lejos de una apología de los análisis simplificadores de una "globalización cultural", una serie de investigaciones concentran su atención en la variabilidad de centros y periferias en mapas históricamente constituidos y en el desigual papel jugado por las "culturas nacionales" en dicho proceso.

El libro de Christian Fleck, publicado originalmente en 2007, representa un esfuerzo en esa línea de investigación. El foco de interés se centra en comprender las tramas que permitieron la consolidación a escala planetaria de una metodología empírica para las ciencias sociales y el rol clave que cumplieron las fundaciones filantrópicas norteamericanas a partir de la década de 1930. Fleck concentra su análisis en los flujos de recursos económicos, en la circulación de ideas, y en la migración de personas entre el espacio germano-parlante europeo y los Estados Unidos en un período que comienza en los años veinte para concluir en la segunda postguerra. La aceleración de los intercambios transatlánticos a lo largo del primer tercio del siglo XX mediante la renovación de los sistemas de comunicación y de transporte fueron, para Fleck, la condición fundamental para comprender la constitución de redes de contactos regulares e intensivas entre los ámbitos académicos europeos y norteamericanos. Ese ciclo señala el ascenso de la investigación empírica como el nuevo patrón dominante en la producción de conocimiento académico de las ciencias sociales frente a la "armchair research". Los años cincuenta representan el ápice de ese derrotero cuya expansión a nivel mundial encontró en el accionar de las fundaciones filantrópicas norteamericanas su principal fuente de promoción.

La movilidad regional e internacional de los intelectuales fue adoptando un nuevo perfil, superando los iniciales circuitos basados en esfuerzos personales o en becas esporádicas,

constituyendo programas institucionalizados con fuerte apoyo estatal. Las migraciones forzadas de "hombres de ideas" a partir de los años veinte fueron parte de ese proceso de "mutuo enriquecimiento" entre la academia europea y el moderno sistema universitario estadounidense, vínculo de larga duración que se acentúa a lo largo del siglo. Allí radica buena parte del esfuerzo interpretativo de Fleck, quien discute la vigencia de algunas representaciones en la literatura especializada sobre circulación internacional de ideas e intelectuales. Amparándose en un prolijo trabajo en archivos universitarios y en el fondo documental de la Rockefeller Foundation, Fleck propone construir una mirada renovada de la experiencia migratoria de intelectuales europeos usualmente centrada en la reconstrucción de los propios actores o basada en los materiales producidos en su país de origen. La perspectiva "norteamericana" de ese proceso ofrece numerosos matices a aquellas historias del "héroe civilizador" emigrado del derrumbe europeo hacia el "Nuevo Mundo" cultural estadounidense.

Siguiendo los clásicos estudios de J. Ben-David y R. Collins, Fleck sostiene que la temprana consolidación de un sistema de educación superior a gran escala en Estados Unidos permitió la expansión de un numeroso y dinámico sector de investigadores y de instituciones de financiamiento de actividades científicas, condiciones de ampliación de una demanda de profesores en relación a una población estudiantil sin parangón con la realidad universitaria europea. El éxito de nuevas disciplinas en ese ámbito, tales como la sociología, se explicaría a partir de un nuevo modelo de gestión de la ciencia, en el que sería fundamental la incorporación de financiamiento privado de fundaciones creadas por los grandes capitales de la industria norteamericana (*Robber Barons*) como Carnegie o Rockefeller.

Esas nuevas formas de apoyo de la actividad científica se tradujeron, rápidamente, en el crecimiento de modalidades de intercambio con Europa, incentivando la presencia de jóvenes investigadores norteamericanos en las universidades europeas gracias a programas de becas postdoctorales y estancias de investigación de larga duración sustentadas en el crecimiento de asignaciones presupuestarias con destino a la formación de las nuevas elites académicas norteamericanas. El Social Science Research Council cumpliría un rol decisivo en la selección de candidatos y la definición de políticas de intercambio. Como parte del mismo proceso, las universidades estadounidenses



ses fomentaron la llegada de académicos europeos desde los años veinte, mediante ayudas financieras y contratos de actividad docente que, durante el ascenso del nazismo, se profundizaron notablemente. A diferencia de las agencias de promoción alemanas y austríacas, las fundaciones norteamericanas pudieron avanzar con sus objetivos sobre variados países, construyendo importantes redes de circulación de académicos y financiando proyectos de pesquisa, especialmente en el área de las ciencias sociales. En el caso de la sociología, Fleck demuestra cómo en los países germano-parlantes el apoyo norteamericano promovió un tipo especial de investigación social "realista", basada en principios epistemológicos objetivistas, por sobre los cultores de la "sociología humanística", dominante en la Deutsche Gesellschaft für Soziologie hasta los años treinta. A partir del análisis de la biografía colectiva de 823 científicos sociales, Fleck ilumina los variados caminos posibles de figuras intelectuales originarias de Alemania y Austria en su tránsito hacia Estados Unidos. La inserción de estos académicos en el espacio estadounidense varió de acuerdo a los repertorios disciplinares movilizados y al variable prestigio acumulado durante sus años europeos. Fleck se concentra en el análisis de dos experiencias: The Princeton Radio Research Project, comandado por Paul Lazarsfeld, y la investigación que la American Jewish Committee encargó a Max Horkheimer y que dio lugar a la serie de trabajos *Studies in Prejudice*. Finalmente, Fleck repara en la reconstrucción de los caminos de retorno de algunas de estas figuras a Europa en la inmediata postguerra para indicar las alternativas de un proceso de "exportación" de modelos sociológicos desde Estados Unidos hacia Alemania (el caso de la Escuela de Chicago es el ejemplo más acabado en ese sentido).

El soporte documental de la investigación y la ambición de construir una morfología detallada del proceso de expansión de la investigación social empírica a nivel transnacional son los dos aciertos más destacados del libro de Fleck. Es importante, al mismo tiempo, señalar que en la combinación de escalas de análisis radica buena parte de su gran aporte, atenta a los flujos masivos de académicos y a las contradicciones de las experiencias vividas por los intelectuales europeos en sus recorridos transatlánticos.

**Ezequiel Grisendi**  
(UNC-IDACOR / CONICET)

A propósito de Daniel Kersffeld, **Rusos y Rojos. Judíos comunistas en los tiempos de la Comintern**, Buenos Aires, *Capital Intelectual*, 2012, 240 pp.

La obra de Daniel Kersffeld, **Rusos y Rojos. Judíos comunistas en los tiempos de la Comintern**, se basa en una tesis posdoctoral del autor, acerca de la identidad judeo-comunista latinoamericana entre 1917 y 1935. El ensayo se concentra en reconstruir, sobre todo a través del seguimiento de dirigentes y personalidades destacadas en el entorno del Partido Comunista, esa misma identidad en el escenario argentino. Para concretar dicho objetivo, Kersffeld explora los archivos de la Comintern, que fueron abiertos a partir de la caída de la Unión Soviética en los años noventa. Así también, presenta un amplio panorama de la presencia judeo-comunista en el continente, busca las raíces e influencias europeas y enumera las distintas formas organizacionales que esa identidad adquirió en el mundo del trabajo, la cultura y el desarrollo político de la izquierda.

El libro comienza con un capítulo titulado "los orígenes del judeo-comunismo". Allí se explora la vida judía en el *shtétl* (aldea) característico de la región que, desde el siglo XVIII, el Imperio Zarista determinó para la radicación de población judía. Denominada "Zona de Residencia", ocupaba parte de Polonia, Lituania, Bielorusia, Besarabia y Ucrania. Confinados a vivir al interior de sus fronteras, más de cuatro millones de judíos eran considerados por el Imperio como extranjeros o ciudadanos de segunda clase. A pesar de su diversidad socio-económica, la condición judía los volvía objeto de feroces ataques xenófobos conocidos como *pogroms*, propiciados tanto por agentes estatales, como por otros grupos poblacionales. La obligación de pagar altos impuestos, no poder adquirir tierras para trabajar, pasar interminables períodos en el ejército y enfrentar la miseria y el abandono producto del aislamiento, fueron algunos de los factores que, a fines del siglo XIX, produjeron el despertar de una *intelligentzia* ilustrada, que se rebeló al mandato religioso y promovió la educación, la cultura y la movilización política. En este proceso, el autor rescata la importancia de los *krujki*; círculos intelectuales de judíos autodidactas que se extendieron por toda "la Zona" y se nutrieron de la lectura de material clandestino, promoviendo la creación de una vanguardia socialista que guiara a las masas oprimidas. Junto a las iniciativas populistas, los *krujki* dieron lugar a la organización partidaria obrera judía. El *Bund* (Unión), crea-

do en 1897 en Vilna, pronto extendió su influencia y se convirtió en la fuerza política más importante del Partido Obrero Social Demócrata Ruso. Aquello marcaría el comienzo de una historia compleja de escisiones, encuentros y desencuentros de judíos aliados, enfrentados o formando parte de bolcheviques, mencheviques y anarquistas.

El segundo capítulo, "La herencia europea en América Latina", se divide en dos partes. La primera explora las localidades de donde provenían figuras que tuvieron actuación en la Internacional Comunista latinoamericana y la segunda parte describe la actuación de esos cuadros dirigentes en esos países, con énfasis en Argentina y Brasil en donde se radicaron las colectividades judías mayoritarias. El tercer capítulo aborda el perfil judeo-comunista en nuestro país, donde además, se instaló el Secretariado Sudamericano de la Comintern. El autor explica cómo, en el escenario de principio de siglo XX, caracterizado por el arribo de grandes colectivos inmigrantes, y donde no faltaban posturas nacionalistas y antisemitas, el proletariado judío urbano se sumó al naciente movimiento obrero, a la vez que procuró sostener y recrear sus tradiciones ligadas al *Idishkait* europeo. Tres corrientes políticas se destacaron en aquel entorno: el sionismo socialista, los socialistas (subdivididos en *bundistas* y *asimilacionistas*) y los anarquistas. Los primeros, basados en las ideas de Dov Ver Bórojev, conformaron por ese tiempo el primer núcleo del partido *Poalei Sion*, que hacia 1921 se fraccionaría en derecha e izquierda. Los segundos, herederos del *bundismo* europeo, se debatieron entre conservar la autonomía obrera judía o integrarse plenamente al Partido Socialista Argentino. Finalmente, los anarquistas judíos, quienes llegaron a tener destacada presencia en el obrerismo durante la primera década del siglo XX. Más tarde, esperanzados en la Revolución Rusa de 1917 y con una gran proliferación de publicaciones en *idish*, importantes cuadros intelectuales y obreros judíos de las mencionadas corrientes, conformaron el semillero que dio lugar a la escisión socialista, la emergencia del Internacional Socialismo en 1918, el Partido Comunista Argentino en 1921 y su ingreso al Comintern. A lo largo de las décadas del veinte y del treinta, y al calor de las coyunturas internacionales, las figuras del Comité Central trocaban según las directivas provenientes de Moscú. En cuanto a la sección judía del PCA, la *Idsektzie*, fue responsable de promover organizaciones que acercaran a la colectividad hebrea argentina al ideario comunista. Entre ellas, se destacaron el Proyecto Colonizador en *Birobidyán*, las Escuelas